

de frenos inhibitorios, hacen que el soplo trágico que alienta en la obra bese la frente homicida de «Barble». Ni siquiera falta, dentro de la riqueza de sus matices, la nota sentimental que abona la breve agonía del andaluz cuya claudicación postrera no solo no contradice sino que epiloga su torturada existencia de soñador. Las nostalgias de Gobbi y las de la viejecilla añorante del terruño, el desesperado amor de Ana María por su crío son, con la pálida y mística silueta de la monja, otras tantas cuerdas pulcramente pulsadas.

No menos psicólogo que pintor, el autor se revela en los retratos un agudo analista que aduna la habilidad del trazo sobrio y preciso, fijador con caracteres incommovibles de los tipos presentados, tan naturales casi siempre, que podríamos personalizarlos en nuestro recuerdo. No es del caso señalar los que se destacan, por la multiplicidad de los mismos y la imposibilidad de señalar salientes, pues desde el formidable «Barble», el mismo «Borbone» y el andaluz anarquista, hasta la corpulenta «sastra» y la dolorosa «Ana María», todos han sido fijados con la misma impecable concisión y seguridad que hace de ellos criaturas enteramente humanas.

La misma fuerza realista que informa toda la obra impide que el estilo sencillo y fluido del autor, excepción hecha de las descripciones aludidas, pueda desarrollarse libremente, ya que en ella, contra la artificialidad tan común en el género que hace que los personajes más modestos se expresen como profesores de retórica, cada uno de los actores habla con el lenguaje que en la vida real les es propio. Dicho carácter se opone de igual modo a que se manifieste claramente el credo ideológico de nuestro novelista, aún cuando algo de él pueda trasuntarse en las palabras serenas del compañero Gobbi, corroborando las lacónicas reflexiones que acotan tímidamente el derroche descriptivo.

Para finalizar: es esta obra, y en ello no han insistido injustamente, los críticos que me precedieran, un estudio que, si establece las indiscutibles condiciones del escritor, servirá, no menos, para que el investigador del presente y del mañana posea un reflejo exacto de uno de los más interesantes y tristes aspectos de nuestra civilización contemporánea.

Fco. Villafior.

AMADÓ NERVO.—ACOTACIONES A SU VIDA Y A SU OBRA

Por Jorge Celso Tindaro, Bs. As., 1919.—

Bajo el pseudónimo de Jorge Celso Tindaro, un compañero nuestro ha publicado el libro que nos ocupa, poco antes de la llegada del poeta a Buenos Aires, circunstancia ésta que bien podría ser un mérito del trabajo. Ha sido tal el fárrago de lo escrito; han sido tantos

y tan heterogéneos los «homenajes» tributados a Nervo en estos días siguientes al de su muerte, que lo poco bueno, a fuerza de andar mezclado con tanto malo, ha venido a la postre a semejar también malo. De ahí que por natural inclinación, este libro nos resulte desde un principio sincero. Después de leerlo, notamos que no nos hemos equivocado.

J. C. T. no quiere ser crítico del poeta («En crítica, o se es Sainte-Beuve o no se es nada»); se propone únicamente «hacer vibrar al lector, con la admiración y el amor que siento por Amado Nervo, y contribuir a que el poeta sea amado mucho más, como poeta y como hombre». Por eso lo presenta bajo la doble faz de su vida y de su obra, haciendo preceder a ambas por una «Breve síntesis histórica de la poesía en Méjico», desde sor Juana Inés de la Cruz hasta Luis G. Urbina, para mejor comprensión del lugar que ocupa Nervo en la evolución literaria de su país. Hábilmente entresaca J. C. T. de la obra de aquél, la poesía o prosa que juzga conveniente para ilustrar los diversos pasajes de su libro, de suerte que éste puede decirse escrito por Nervo. Entre verso y verso, el autor aclara el sentido de los mismos, los relaciona con el resto de la obra, les asigna un lugar dentro de las letras modernas, hace resaltar la tendencia mística o la influencia de la filosofía hindú, y todo, matizado con las impresiones que ha dejado en él el profundo cariño que siente por Nervo.

Es el de J. C. T. un libro que llena cumplidamente su misión: la sencilla misión de presentar a un autor preferido. — B.

LOS CÁBALISTAS. — *Por I. Peretz, Bs. As., 1919* —

Prologado por Alberto Gerchunoff acaba de aparecer un volumen de cuentos escogidos, del insigne escritor judío I. L. Peretz, vertidos al castellano por S. Resnick, y precedidos por un estudio preliminar del mismo. Cuentos escogidos, en cuyo conjunto asoman las múltiples facetas de la personalidad literaria de su autor y en los que se reflejan variados aspectos del alma judía, con sus dolores, sus ansias y su fe singular.

En «Prodigios del mar», uno de los más hermosos, Satie, el judío abandonado, alejado casi totalmente de sus connacionales, adquiere una fisonomía propia e inconfundible por su confianza en el poder y la justicia de Dios, confianza sin recelos que lo impulsa a desafiar las olas del mar, para cumplir lo que él consideraba un mandato de Jehová. Esta confianza, esta fé ciega en el destino es la clave de la persistencia de Israel, a pesar de todas las vicisitudes y mártirios.

Pero si Peretz es un escritor judío identificado con su pueblo, sintiendo en carne propia los vandálicos ultrajes de que se le hace víctima, no es menos cierto que en toda su obra floja un ideal ético.